



DEMOCRACIA ELECTORAL Y DEMOCRACIA PARTICIPATIVA

Versión estenográfica de la conferencia dictada el 6 de agosto de 1992 en el auditorio del Instituto Federal Electoral

Raúl Olmedo Carranza

Licenciado en Ciencias Políticas y Administración Pública en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Tesis: *Génesis y estructura del poder*, mención honorífica.

Diplomado en Investigación de Operaciones y Planeación Económica, 1967. Centro de Cálculo Electrónico.

Becario de la UNAM y del Gobierno Francés en la Escuela Práctica de Altos Estudios. París 1967-1972.

Doctorado en Filosofía 1972, Universidad de París, Sorbonne. Tesis: *El estatuto teórico de la filosofía*, mención honorífica.

Vocal Ejecutivo del Centro Nacional de Estudios Municipales de la Secretaría de Gobernación 1984-1989.

Coordinador de la obra *Enciclopedia de los municipios de México*, 31 volúmenes, Talleres Gráficos de la Nación, 1988.

Jefe de la Sección Financiera de *Excélsior* 1976-1986, y editorialista del mismo 1976-1988.

Actualmente Director General de Educación Extraescolar de la SEP.

Autor de los siguientes libros:

La crisis, Editorial Grijalbo, México, 1978.

Educación y sociedad, Universidad Autónoma del Estado de México, México, 1981.

El antimétodo, Editorial Joaquín Mortiz, México, 1983.

México: economía de la ficción, Editorial Grijalbo, México, 1983.

El desafío municipal, Editorial Centro de Estudios Municipales, México, 1983.

La descentralización, Editorial Grijalbo, México, 1984.

6 agosto de 1992

Creo que el tema de la democracia participativa y de la democracia electoral provoca pasiones, pues sin pasión no hay democracia. Me alegro mucho de haber estado con el personal del Instituto en esta serie de conferencias y de reflexiones que demuestran la voluntad de los responsables del IFE de tomar la cuestión de la democracia en serio.

Raúl Olmedo

6 agosto de 1992

Creo que el tema de la democracia participativa y de la democracia electoral provoca pasiones, pues sin pasión no hay democracia. Me alegro mucho de haber estado con el personal del Instituto en esta serie de conferencias y de reflexiones que demuestra la voluntad de los responsables del IFE de tomar la cuestión de la democracia en serio.

Raúl Olmedo

DEMOCRACIA ELECTORAL Y DEMOCRACIA PARTICIPATIVA

El tema "Democracia electoral y democracia participativa", es, tal vez, el pan cotidiano en el Instituto Federal Electoral. Quisiera hacer algunas consideraciones de tipo general sobre el tema de la democracia para, poco a poco, avanzar en el tema concreto de la democracia electoral y de la democracia participativa, formas de la libertad que habremos de seguir impulsando en nuestro país.

Democracia significa el poder de la sociedad y por ello se le enmarca dentro de la teoría política. Sin embargo, pienso que el término de democracia, como lo señala la propia Constitución de nuestro país, puede ampliarse de lo político a lo económico y a lo social. Es el caso, por ejemplo, del artículo tercero constitucional que no solamente habla de la democracia no política sino también de la democracia económica y de la democracia social.

Dentro de la democracia económica, entendiendo la etimología del concep-

to democracia (*demos*, sociedad y *kratos*, poder), estaría el problema de la distribución del poder económico entre la sociedad.

La democracia económica es una forma de distribución del poder económico dentro de la sociedad. En países subdesarrollados como México esta distribución del poder económico no es democrática. Hay grandes desigualdades de tipo económico. La riqueza y los ingresos de la sociedad muestran una muy alta concentración en pocas manos. Y desde hace ya unos veinticinco años hemos experimentado un proceso de desigualdad todavía mayor en desfavor de las clases pobres en el campo, pues la crisis agrícola y rural de nuestro país data, aproximadamente, de 1965. Todos los indicadores muestran un creciente rezago en el sector social rural y no se ve la manera de revertir estas tendencias.

En lo que se refiere a otros sectores de la sociedad, esta crisis rural se traduce

en una crisis de tipo urbano industrial. En la década de los ochenta se registró una baja de los niveles de vida de la mayoría de la población, en todo el mundo subdesarrollado, y se le conoce como la década perdida. Organismos internacionales como la Comisión Económica para América Latina de las Naciones Unidas señalan que el producto interno bruto retrocedió entre 15 y 20% durante esta década, con los consiguientes efectos en la distribución del ingreso de las clases sociales, medias y pobres. El proceso inflacionario provocó una desigualdad más acentuada de los ingresos y un empobrecimiento generalizado en las clases menos favorecidas.

Así, la democracia económica tiende a disminuir en razón de que el empobrecimiento se ha vuelto un mal endémico en todos los países subdesarrollados e incluso alcanza también a los países desarrollados. El estancamiento económico de los últimos diez años a nivel mundial ha obligado a los gobiernos de todo el mundo y, especialmente a los de los países subdesarrollados, a tomar medidas especiales y a crear entidades públicas, secretarías de Estado, diseñadas para combatir el problema de la pobreza, del empobrecimiento que resiente.

En términos de democracia económica, por lo menos durante los últimos diez años, hemos visto una tendencia diferente a la que prevaleció

desde los años treinta, hasta mediados de los sesenta. En ese periodo hubo una ampliación de la democracia económica, un mejoramiento en general de todas las clases sociales. Pero a partir de los años sesenta, con el inicio de la crisis agrícola y rural en los países subdesarrollados, nuestro país comenzó a vivir una evolución negativa de la democracia económica, que se expresa en una mayor desigualdad en la distribución de la riqueza y en el ingreso.

La democracia social, que es en gran parte reflejo de la economía, también ha habido evolución negativa o involución: empobrecimiento, disminución de los niveles de vida, aumento de la drogadicción, etcétera.

Por el contrario, en términos de democracia política, ha habido avances importantes. Dividiría la democracia política en dos aspectos fundamentales, que serían justamente la democracia electoral, por un lado, y la democracia participativa, por otro. Digamos que la democracia electoral o representativa es la que todos ejercemos una vez cada tres años con la elección de diputados, de ayuntamientos, o cada seis años con la elección de gobernadores, senadores y presidente de la República. Es una democracia representativa porque elegimos a quienes van a representarnos; depositamos en esos representantes nuestra capacidad de decisión a través de los gobiernos y del Congreso.

La democracia participativa, a diferencia de la democracia electoral, en la que la sociedad ejerce cotidianamente en base a la toma de decisiones constante en aquellos ámbitos que son los más cercanos a la comunidad. No sería una democracia regida por reglamentos y por plazos de tres años y seis años, sino una democracia doméstica, una democracia menos formal, pero no menos efectiva en lo que se refiere a las decisiones que conciernen a la vida cotidiana de la comunidad.

En lo que se refiere a la democracia electoral ha habido avances muy importantes en nuestro país, que en parte son correlativos a los avances democráticos que ha habido en general en todos los países de América Latina. Tenemos una historia positiva en lo que se refiere a la progresiva ampliación de la democracia electoral, primero con la participación de las mujeres en las elecciones; luego con el otorgamiento del voto a los jóvenes de 18 años y también ha habido avances en los mecanismos que aseguran la efectividad y la justicia en los procesos electorales. El Instituto Federal Electoral es una expresión de esta preocupación social de ir mejorando tanto los mecanismos como los procesos y los parámetros de justicia en las elecciones, es decir, en la democracia electoral.

Eso no quita que al hablar de democracia electoral la democracia sea siempre la expresión de fuerzas que tienden

a la competencia y en esa medida, a una lucha que escapa a todos estos mecanismos reguladores en los procesos electorales. El hecho de que los mecanismos, los procesos, las instituciones de vigilancia y acción de los procesos electorales sean impugnados, y que las elecciones también lo sean, demuestra que la democracia electoral tiene un trasfondo político. Hay fuerzas que a veces tienden a minimizar la importancia de estos avances institucionales de la democracia electoral, y en ocasiones hasta son vistos como mecanismos perversos que tienden a negar la justicia en los procesos electorales. Pero ahí está un debate presente, debate que nunca va a terminar y que existe en todo el mundo. Es un problema de cultura política. Pero desde el punto de vista institucional y de la ampliación de la democracia es indudable que ha habido un desarrollo muy rápido y positivo de la democracia electoral.

Ahora bien, quisiera plantear un tema importante que es el de la correlación entre la democracia electoral y la democracia económica y social.

Es interesante reflexionar acerca del hecho de que justamente durante los últimos diez o doce años, en que la crisis ha hecho que la democracia económica y social hayan ido hacia atrás, la democracia electoral, por el contrario, haya ido para adelante. Ha habido una gran evolución de la democracia

electoral pero al mismo tiempo una gran involución, una gran regresión, en la democracia económica y social.

¿Esto qué significaría? Que en ciertos periodos, para no generalizar a toda la historia, podemos avanzar en democracia electoral al mismo tiempo que retrocedemos en democracia económica y social. Es decir, que la democracia electoral no nos asegura el avance en la democracia económica y social. ¿Entonces para qué nos sirve la democracia electoral si no nos está permitiendo avanzar en lo fundamental, que es mejorar las condiciones económicas, sociales y culturales de la sociedad?

Entendemos que la democracia, en su sentido último, en su sentido más profundo, significa lograr una mejor distribución de la riqueza y del poder, no solamente económico sino también del poder social, del poder cultural y del poder político.

Indudablemente, en los últimos años se ha acentuado la concentración de la riqueza de una manera extraordinaria en el orden mundial con estas grandes diferencias de tecnología y de productividad entre los países altamente desarrollados y los subdesarrollados. También en el interior de nuestros países subdesarrollados, y especialmente desde que se inició el proceso de desincorporación, de desestatización y venta de los activos sociales acumulados durante siete u

ocho décadas. Lejos de que esta desestatización lleve a una democratización o a una mayor y más equilibrada distribución de la riqueza, ha provocado un fenómeno contrario, que es la intensificación y aceleración de la concentración de la riqueza.

Hay una paradoja histórica que nos está tocando vivir desde hace por lo menos una década: en que mayor democracia política electoral coincide (no digo que provoque, porque no creo que la democracia política provoque antidemocracia económica) con menor democracia económica y social, con una crisis muy profunda.

Otro planteamiento a reflexionar es hasta dónde la democracia electoral es o no importante para el desarrollo económico, social y cultural de una sociedad. Si hacemos un recuento histórico de los regímenes políticos, gubernamentales, que han tenido los países de América Latina, veremos que en los últimos veinticinco años ha habido de todo en América Latina. Han estado los militares, ha habido gobiernos populistas, ha habido gobiernos entre autoritarios y populistas, regímenes de derecha, regímenes de izquierda y, sin embargo, las tendencias económicas y sociales de toda América Latina son más o menos iguales, nos han afectado por igual a todos los países. Pareciera que el tipo de régimen político que exista en un país no tiene mucho que ver con el desarrollo económico y social de

ese país. Esa es una reflexión a la que les invitaría para tratar de valorar si realmente el problema de la democracia electoral es o no muy importante, y si vale la pena hacer credenciales con fotografías infalsificables, si es necesario hacer institutos federales electorales, tribunales electorales, enormes gastos en la democracia electoral, si todo ello no se traduce en reales beneficios para la sociedad o en avances democráticos en el orden económico y social. Es una pregunta que yo mismo no he podido responderme, porque todos partimos de un axioma, de una especie de dogma que nos dice que la democracia es lo más valioso en la existencia de las sociedades. Y todo mundo se reclama partidario de la democracia: tanto el militar que toma el poder y da el golpe de Estado a nombre de la democracia como la socialdemocracia toma el poder en nombre de la democracia. En fin, no hay quién no se reclame y no asuma el poder en nombre de la democracia. Estas serían mis dudas, mis consideraciones acerca de la democracia electoral y de su relación con las otras formas de la democracia, fundamentalmente la democracia económica y la democracia social.

Ahora me gustaría hablar algo acerca de la otra expresión de la democracia: la democracia participativa, esa democracia cotidiana, esa democracia doméstica, esa democracia directa que no pasa por representantes o mediadores. La democracia participativa ha

existido siempre. Sabemos que en las sociedades preindustriales, las sociedades tradicionales, la democracia participativa, con todo lo bueno y lo malo que pueda tener, caciquismo, paternalismo, el derecho de los viejos, ha funcionado en todos los tiempos, en todo el mundo.

Pero desde hace no más de diez años la teoría política o los teóricos políticos, los comentaristas políticos, han acuñado el término de democracia participativa para designar aquella democracia que se da más en el orden de lo comunitario que en el orden de lo global. Por ejemplo, una de las macrotendencias que señala el norteamericano Naissbit en un libro que se titula *Las megatendencias*, es este surgimiento y desarrollo, este auge, de lo que se llama la democracia participativa, en contraste con la democracia electoral.

En particular, la reforma municipal de 1983 dotó, por primera vez desde la Constitución de 1917, al municipio —que es el nivel político donde la democracia participativa puede funcionar plenamente— de una serie de funciones, de poderes definidos textualmente, ya que antes de la reforma del 83 el municipio no tenía poderes explícitos, definidos en la Constitución en su artículo 115, y simplemente decía que el municipio es la forma como se organiza internamente un estado, y luego hablaba de las reglas para la sucesión en el gobierno y

quién tenía derecho a votar; es ahí donde aparece el derecho de las mujeres y de los jóvenes de 18 años en adelante, para votar. Son avances en la democracia electoral en el ámbito municipal.

Pero en lo que se refiere a poderes concretos el artículo 115 no decía prácticamente nada; se supone que por respeto a la soberanía estatal, cada estado tenía la libertad, la soberanía de definir los poderes municipales a través de la Ley Orgánica Municipal; pero en realidad esto se traducía en que al municipio ningún gobierno estatal le daba mayores poderes. Había una gran centralización en el nivel estatal. Entonces el artículo 115 define por primera vez una serie de funciones que el municipio debe cumplir; tiene el derecho, por un lado, pero también la obligación de cumplir. Y son poderes muy importantes. Por ejemplo, un poder enorme que es el de zonificar el territorio, de decidir cómo se va a usar el territorio. Antes el municipio no tenía poder sobre el territorio; por eso todo mundo entraba y salía del municipio, hacía y deshacía del territorio municipal. Recuerdo muy bien las quejas de los presidentes municipales: "Llegó PEMEX y ni siquiera nos pidió permiso, puso su planta y contaminó y destruyó". Ahora el municipio tiene establecido en la Constitución el poder de decidir qué hacer con su territorio, cómo ordenarlo, cómo zonificarlo. Esto es, decidir como nosotros decidimos en la casa:

"Este es el territorio de la familia, ¿cómo vamos a zonificar este territorio de la familia? Pues aquí la zona de la cocina. Esta es la zona de la recámara de papá y mamá; esta otra la recámara de Juanito, luego la zona de la recámara de María". Esto es zonificar. Después de la zonificación se derivan las responsabilidades. A ti, María, te toca limpiar tu cuarto, siempre tenerlo agradable y limpio. Y responsabilidades compartidas para poder tener la casa siempre limpia, siempre agradable, con sus flores, con sus cortinas, con su jardín, con la puerta cerrada para que no entren los ladrones, las ventanas con sus vidrios, la reparación, el mantenimiento, etc. Cuando una casa no tiene dueño a nadie le importa que la casa se caiga de mugre, que la puerta se quede abierta, que los vidrios se vayan rompiendo. Es lo que pasaba con el territorio municipal. No digo que esto haya cambiado mucho; ya existe el poder formal en la Constitución pero falta toda la cultura que requiere la sociedad para poder considerar al municipio como consideran el ámbito familiar a la casa. Pero esas son cuestiones de otro orden, hasta cierto punto, aunque podemos hablar de que falta desarrollar mecanismos para lograr este poder de decidir qué hacer con su territorio. También tiene ahora el municipio el poder para cobrar y administrar los impuestos derivados de esta administración del territorio, de los prediales, de las plusvalías que se generen por las mejoras de la infraestructura, de las

transacciones de la propiedad de los terrenos y de los inmuebles etc., además de otros poderes que antes el municipio no tenía.

A partir de la reforma municipal de 1983 se ha comenzado a hablar de la democracia participativa, es decir, de la democracia que es factible en el orden de lo municipal, en el orden de lo comunitario. La democracia participativa en el orden de la nación en su conjunto es muy difícil. Sería muy difícil estar haciendo referéndum para cada decisión que deba tomar el gobierno sobre cualquier cosa; sería tal vez ineficaz porque bloquearía el flujo de decisiones económicas, bloquearía las posibilidades de que un gobierno en un momento dado, frente a adversidades inéditas que no estaban previstas tuviera que decidir con oportunidad para bien de la sociedad en su conjunto.

Así, para el orden macro, para el orden global de la nación, la democracia participativa resultaría un poco difícil al tener que estar consultando a 85 millones de mexicanos en cada decisión. Sería bastante complejo y costoso. Lo hemos visto, son gastos inmensos los que se han requerido para perfeccionar los actos electorales, y eso que nada más son cada tres o seis años. Si tuviera que hacerse un referéndum cotidiano sería muy costoso y muy complejo, impracticable.

Pero en el orden comunitario, en el orden doméstico, en el orden micro, las decisiones directas de la comunidad no son tan complicadas. Son más factibles por lo menos que en el orden macro. Es por eso que el desarrollo político, económico y social en el orden municipal, en el orden comunitario, ha ido acompañado de esta presencia por lo menos declarativa de la democracia participativa, y hemos visto que con los programas contra la pobreza la democracia participativa ha tenido realmente un auge con los Comités de Solidaridad, donde todos votan para decidir cómo se van a hacer las cosas; hasta en la escuela, con el programa de las becas de los niños en Solidaridad, los niños se ponen de acuerdo para decidir si Juan o Francisco va a tener la beca. Ya conocemos todos los comerciales de Solidaridad para darnos cuenta de lo que significa la democracia participativa.

En otras palabras, la democracia participativa, al igual que la democracia electoral, ha tenido avances muy importantes en todo el mundo, especialmente en países con problemas de pobreza pero con capacidades sociales para enfrentar esta pobreza, para mitigarla aunque no erradicarla, porque la erradicación de la pobreza es otro problema, es un problema de estructura económica y social.

Existen países que aunque tengan más pobreza que la nuestra no tienen

capacidad para enfrentar o mitigarla. Pero los programas para enfrentar la pobreza han ido acompañados de un auge, de una intensificación de lo que se denomina la democracia participativa, esa democracia doméstica, comunitaria, donde es fácil levantar la mano, discutir en la asamblea y tomar la decisión por uno mismo, no a través de diputados y senadores, sino por uno mismo.

Pero me preguntaría, así como me lo pregunté cuando hablábamos de democracia electoral, hasta dónde la democracia participativa se puede traducir en democracia económica y social. Ya vimos que la democracia electoral no tiene correlación necesaria con la democracia económica y social, incluso está la paradoja de grandes avances en democracia electoral y grandes retrocesos en democracia económica y social.

En la democracia participativa, ¿qué relación tiene la democracia participativa con la democracia económica y social, con el mejoramiento real de las condiciones económicas y sociales de la sociedad, con una mejor distribución de la riqueza y del ingreso, con un crecimiento económico real?

En términos generales, la democracia participativa sí tiene una traducción casi directa con lo económico. Cuando la comunidad vota por mejorar la escuela y se pone a trabajar, ahí hay una traducción directa de la democracia

participativa en democracia económica; cuando el comité se plantea hacer el camino para poder sacar el producto y venderlo en los mercados, ahí la democracia participativa tiene una traducción en lo económico y en lo social.

Nuestro gobierno y, en general, todos los programas contra la pobreza que han recurrido, de manera importante, intensiva, a la democracia participativa, a la famosa participación, han logrado cosas muy importantes. La fórmula de que el gobierno pone la mitad y la sociedad pone la otra mitad, que es parte de la democracia participativa, ha permitido al gobierno darle a la inversión pública de orden social un efecto multiplicador, que no tendría si la sociedad no se involucra en los procesos de democracia participativa y de responsabilidad con el gobierno.

Entonces, a diferencia de la democracia electoral, la democracia participativa sí tiene un efecto directo sobre la democracia económica y social. Sin embargo, tenemos un mundo por avanzar en el orden de la democracia participativa. Pero a pesar de estos avances importantes —podríamos calificarlos a veces hasta de extraordinarios— de la democracia participativa no hemos avanzado más que una pequeñísima parte de lo que en el futuro podríamos avanzar en términos de democracia participativa.

Para poder promover estos grandes

avances en la democracia participativa tenemos que romper algunas de las limitaciones estructurales, históricas de nuestra conformación política. Me refiero a lo siguiente.

Nosotros decimos que el municipio es la forma de organización política más cercana, más directa, de la sociedad, del pueblo, de la comunidad; y decimos que el gobierno municipal es el gobierno más directo y más cercano a la comunidad social. Sin duda lo es si lo comparamos con el orden estatal o con el orden federal. Pero, ¿hasta qué punto esta idea es real?

Conociendo la realidad municipal de nuestro país, creo que hay mucho de retórico en la declaración de que el gobierno municipal es el gobierno más cercano al pueblo. Estudiando la historia del municipio en México uno puede apreciar que la estructura fundamental del municipio no se ha alterado desde la Conquista y la Colonia; que el mismo municipio que sirvió para conquistar a los autóctonos de hace quinientos años, en este encuentro de dos mundos, sigue siendo prácticamente el mismo, sigue siendo un municipio desmovilizador y desorganizador de la sociedad concreta, un municipio que impide la organización desde abajo para poder continuar el dominio desde arriba y, por lo tanto, es una estructura municipal que impide la democracia participativa plena.

Si nosotros observamos la estructura de poder, la democracia en el municipio, nos encontraremos que en el municipio se reproducen todos los mecanismos centralistas que existen a nivel nacional. El poder económico, el poder político, el poder social, el poder cultural, de un municipio se concentra en la cabecera municipal, relegando a los pueblos, abandonándolos, descuidándolos, dejándolos vivir en deterioro constante. Si hiciéramos un análisis de los grupos de poder dentro de los municipios veríamos que está altamente concentrado el poder político. Lo que es más, en el interior del municipio lo que existía antes, lo que todavía existe en la mayoría de los municipios, es que el ayuntamiento o el poder central designa delegados municipales en los diferentes pueblos, y que los pueblos no tienen un derecho político real. Ciertamente es que después de la reforma del 83 se han dado pasos positivos en términos de que los pueblos tengan alguna capacidad para decidir quién va a ser su delegado municipal. Pero a pesar de esto, los pueblos casi no tienen poder, está demasiado concentrado el poder político, económico y cultural dentro del municipio.

El pueblo francés en 1789, en la Revolución Francesa, logró una reivindicación fundamental que fue el derecho de organizarse políticamente en las comunidades concretas. El municipio mexicano no corresponde a una sociedad concreta; es todavía una entidad

bastante abstracta, bastante general; es decir, el municipio es una entidad territorial y política que abarca a muchas comunidades. A muchos asentamientos humanos que llamamos pueblos, que son las comunidades sociales concretas formadas por diez, veinte, cuarenta o cincuenta familias.

El municipio mexicano —y en general el latinoamericano— no es la organización política de la comunidad concreta sino que es la organización de un conjunto de comunidades concretas. El gobierno municipal no es el gobierno directo de la comunidad concreta. Lo que logra la Revolución Francesa es que cada comunidad concreta, así se componga de cinco familias, tenga el derecho de organizarse políticamente y de tener su gobierno propio, aunque el alcalde sea mi tío y luego mi compadre y mi sobrino y se estén rotando el puesto. Lo importante es que la comunidad concreta tenga su ayuntamiento, su gobierno municipal, su comuna, su gobierno comunitario, establecido por la Constitución Política de Francia como un derecho de la comunidad a organizarse políticamente y tener su gobierno propio. Pero no solamente es un derecho sino que es una obligación constitucional. Todo asentamiento humano tiene la obligación de organizarse políticamente y designar su gobierno con una serie de reglas electorales y de sucesión establecidas en códigos. Hablo de la Revolución Francesa, pero el gobierno de la comu-

nidad concreta se extiende, en general, a casi todos los países altamente desarrollados, a diferencia de nosotros que no lo tenemos.

En nuestros países de herencia colonial española, de herencia colonizada, de tradición de colonizados, nuestras comunidades sociales concretas no han alcanzado todavía ese derecho político de organizarse y tener su propio gobierno. Nos preguntaremos para qué necesitarían ese gobierno propio. Pues para lo que lo necesitan todos esos países. ¿Qué pasa cuando la sociedad, la comunidad concreta, esas cinco, veinte, cincuenta o cien familias tienen la obligación constitucional de organizarse y de tener su gobierno, su alcalde y sus concejales, lo que se deriva de ello: una división de responsabilidades. Tú vas a ser el concejal del agua, tú el concejal de los pastos y tú el concejal de la vigilancia del territorio. ¿Qué significa eso? Significa un *status* económico y social radicalmente diferente en los países que sí tienen democracia directa, respecto a los países como el nuestro que todavía no tienen democracia directa.

Tener un gobierno propio, aunque sea pequeño, prácticamente equivale a la metáfora del hogar: en la casa hay un gobierno de la familia, que es lo más micro que podemos tener como organización social. Quién manda, si la mujer o el hombre, ese es otro problema; pero en la familia hay una jerarquía,

un poder, una distribución de tareas entre los miembros de la familia que hace de la casa sea considerada como la "propiedad" de la familia y por que todos los miembros de la familia tienen una tarea muy concreta para el cuidado, el mantenimiento, y el mejoramiento de esa casa.

Basta ampliar al conjunto de familias esta noción de casa de hogar común, para poder comprender cómo el gobierno en el orden comunitario es importantísimo. Cuando uno recorre Francia, por ejemplo, se ve un país diferente a México. Francia tiene un territorio cuidado, donde la carretera no está invadida por las hierbas, que se aprovecha al máximo en comparación del lamentable desaprovechamiento de nuestro territorio. El francés que vive en la comuna tiene una noción del bien público que nosotros todavía no tenemos. Nosotros tenemos ciertos hábitos depredadores derivados de la desorganización, de la ausencia de la noción de bien público, de bien común.

La noción de bien público, entendido como bien común, es lo esencial. El bien común es la tarea de ese gobierno. No importa que el gobierno comunal reciba un presupuesto exiguo. Lo esencial no es lo que puedan recibir de presupuesto para funcionar sino la existencia misma del derecho constitucional de organizarse políticamente de cada una de las comunidades

concretas, de cada asentamiento humano real, concreto, tangible.

En nuestro país las comunidades concretas no tienen derecho político de organizarse, ni mucho menos obligación. El territorio está totalmente descuidado, desperdiciado. En el curso de las dos últimas décadas ha habido una verdadera tragedia del territorio: la erosión, la destrucción de los bosques, la contaminación, han avanzado a pasos acelerados porque nadie está responsabilizado del territorio. ¿Por qué? Porque no hay organización de base, porque no hemos dado ese paso fundamental para que el Estado —en su sentido más clásico del término: organización política de la sociedad— tenga presencia hasta en la comunidad concreta. Tenemos un Estado todavía muy imperfecto, un Estado que no ha bajado a la comunidad concreta. Tenemos ausencia de Estado en la base, todavía tenemos un Estado al que le falta aterrizar.

No tenemos los mecanismos para la movilización permanente de la sociedad. Existe, ciertamente, el Programa de Solidaridad, pero comités efímeros que, por más que se trate de alargar su permanencia, no dejan de ser circunstanciales. Tenemos que dar ese paso que han dado los países altamente desarrollados. No digo que con eso vamos a alcanzar el desarrollo, sería incorrecto decirlo, pero sí que daríamos un paso enorme

si pasáramos a la conformación de lo que llamaríamos el cuarto nivel de gobierno.

Ya tenemos el orden del gobierno federal, que es el macro, el más global; luego el orden de gobierno estatal, el orden de gobierno municipal que dicen que es el más cercano al pueblo, pero que no es cierto porque engloba a muchas comunidades.

Falta el cuarto nivel de gobierno, el gobierno de la comunidad concreta, con obligaciones y derechos establecidos por la Constitución.

Ese cuarto nivel de gobierno sí que sería la base para ampliar la democracia participativa, sí que sería la base para transformar la democracia participativa en democracia económica y social, sí que sería un impulsor impresionante de las fuerzas productivas de la sociedad mexicana. Mientras no demos ese paso hacia la formación del cuarto nivel de gobierno la democracia participativa, por más que quiera avanzar se va a encontrar con ese obstáculo mayor; es decir, la democracia participativa será circunstancial: si no llegó Solidaridad no hubo democracia participativa.



LAS MUJERES QUE ESCRIBEN

Versión estenográfica de la conferencia dictada el 13 de agosto de 1992 en el auditorio del Instituto Federal Electoral

Elena Poniatowska

Escritora y periodista.

Becaria del Centro Mexicano de Escritores en 1957.

Ha sido profesora de literatura y periodismo y realizadora de varios cortometrajes, entre ellos, uno sobre Sor Juana Inés de la Cruz y otro acerca de José Clemente Orozco.

Se inició en el periodismo en 1954.

Ha colaborado en los diarios *Excélsior*, *El Día*, *Novedades*, *Unomásuno* y *La Jornada*; en las revistas *Abside*, *Artes de México*, *Mañana*, *Revista de la Universidad*, *Siempre*, *La Palabra y el Hombre*, *Plural*, *Proceso*, *Vuelta*, *Nexos* y *Los Universitarios*; en el Canal 13 de televisión y en Radio UNAM.

Ha recibido premios de periodismo en 1965 y 1973; el Premio Mazatlán de 1970; el Premio Xavier Villaurrutia 1970 por *La Noche de Tlatelolco*, que rechazó; el Premio Nacional de Periodismo en 1978 en el género de entrevista; el Premio del diario *El Porvenir* de Monterrey de 1986; y el Premio de Periodismo Manuel Buendía 1987.

Autora de los siguientes libros:

Lilus Kikus, 1954; *Melés y Teleo*, 1956; *Palabras cruzadas*, 1961; *Todo empezó el domingo*, 1963; *Hasta no verte Jesús mío*, 1969; *La noche de Tlatelolco*, 1971; *Querido Diego, te abraza Quiela*, 1978; *De noche vienes*, 1979; *Fuerte es el silencio*, 1980; *La casa en la tierra* (fotos de Mariana Yampolsky), 1980; *Domingo 7*, 1982; *El último guajolote*, 1982; *¡Ay vida, no me mereces!*, 1986; *La flor de lis*, 1988; *Nada, nadie, las voces del temblor*, 1988; *Juchitán de las mujeres*, (fotos de Graciela Iturbide), 1989; *Tinísima*, de próxima aparición en Editorial Era.

No hablamos de política aquí en el IFE
ni de la senaduría de mi
queridísimo Carlos Monsiváis, ni
de las elecciones, ni del PRD y
Cuauhtémoc, ni de Rosario Ibarra
de Piedra, Evangelina Corona y las
costureras, ni de los petroleros
ahora en el zócalo bajo la
lluvia, hablamos sí de las
escritoras y de la aspiración de
las mujeres a vivir en una socie-
dad que no les sea hostil

Gracias por este auditorio
bonito físico y espiritualmente
Elena Poniatowska
13 de agosto 1992, Día de Gripe

No hablamos de política aquí en el IFE
ni de la senaduría de mi
queridísimo Carlos Monsiváis, ni
de las elecciones, ni del PRD y
Cuauhtémoc, ni de Rosario Ibarra
de Piedra, Evangelina Corona y las
costureras, ni de los petroleros
ahora en el zócalo bajo la
lluvia, hablamos sí de las
escritoras y de la aspiración de
las mujeres a vivir en una sociedad
que no les sea hostil.

Gracias por este auditorio
bonito físico y espiritualmente
Elena Poniatowska
13 de agosto 1992, Día de gripe

LAS MUJERES QUE ESCRIBEN

Han visto ustedes en el zoológico a las leonas? ¿Esas que se mantienen hasta atrás lamiendo de su pata una invisible espina? ¿Esas que parecen gatos callejeros, flacos, escaldados y pelones? Bueno, pues eso son las escritoras latinoamericanas, las leonas del zoológico, feas, opacas, con una que otra brizna de paja en el lomo vencido, las leonas, las que están siempre en segundo plano, las que quedaron como costales gastados después de dar a luz a la última cría, mientras que el león, pegado a los barrotes, haga lo que haga, con su espléndida cabellera de rey de la selva, es el que ruga, se impone y de un solo bocado se traga al mundo. El león en donde quiera que esté impone sus condiciones, la leona jamás. Carlos Fuentes alza su cabeza magnífica de león de la Metro Goldwin Mayer, sacude sus crines de oro, y saluda a otro león también coronado, a Mario Vargas Llosa que a su imagen y semejanza enseña unos dientes tan atractivos como el del gato de Cheshire cuya sonrisa veía Alicia en el país de las maravillas cada vez que se apagaba la luz.

Las escritoras son las comparsas de la literatura latinoamericana. Recuerdo haber leído en la revista francesa *L'Express* una lista de los premios Nobel latinoamericanos, y la única que no aparecía era Gabriela Mistral. Salvo el caso de Isabel Allende, las mujeres que escriben muy pronto dejan de creer en sí mismas por falta de aliento; Nellie Campobello, única autora de la Revolución, escogió dedicarse a la enseñanza de la danza y a la incorporación de ritmos autóctonos a la danza mexicana, tarea que seguramente le resultó más gratificante que la de las letras y, sin embargo, es una escritora singular cuyos textos están llenos de fogonazos como los que salen de los rifles y las pistolas. Fue Nellie, además, quien hizo entrega de todo el archivo de Pancho Villa a Martín Luis Guzmán. Para Rosario Castellanos, la más completa de nuestras escritoras, las condiciones de vida no fueron muy distintas a las de Sor Juana Inés de la Cruz que trescientos años antes había escogido la clausura para poder ejercer su vocación. A Rosario Castellanos también el mundo la defraudó. Al igual que Sor

Juana Inés de la Cruz, Rosario tuvo que enfrentarse a una realidad para ella aterradora. La mujer no es igual al hombre, es inferior, por lo tanto no tiene la misma capacidad para pensar, mucho menos para crear. Así lo escribió en su tesis "Sobre Cultura Femenina" en la que prácticamente pide perdón por atreverse a ingresar a un mundo que le está vedado, el de la cultura. Trescientos años antes Sor Juana había escrito:

*¿En perseguirme, mundo, qué
interesas?
¿En que te ofendo, cuando sólo
intento
poner bellezas en mi entendimiento?
y no mi entendimiento en las
bellezas?*

*Yo no estimo tesoros ni riquezas
y así, siempre me causa más contento
poner riquezas en mi pensamiento
que no mi pensamiento en las
riquezas*

*Y no estimo hermosura que, vencida,
es despojo civil de las edades
ni riquezas me agrada fementida,*

*teniendo por mejor, en mis verdades,
consumir vanidades de la vida
que consumir la vida en vanidades.*

La pequeña Juana de Asbaje leyó todos los libros de la biblioteca de su abuelo y siendo adolescente sorprendió a los doctos y a los sagaces de su

época convocados por el Marqués de Mancera: "Empecé a aprender gramática, en que creo no llegaron a veinte las lecciones que tomé; y era tan intenso mi cuidado que siendo así que en las mujeres —y más en tan florida juventud— es tan apreciable el adorno natural del cabello, yo me cortaba de él cuatro o seis dedos midiendo hasta donde llegaba antes, imponiéndome ley de que si cuando volviese a crecer hasta allí no sabía tal o cual cosa que me había propuesto de aprender en tanto que crecía, me lo había de volver a cortar en pena de la rudeza. Sucedió así que él crecía y yo no sabía lo propuesto, porque el pelo crecía aprisa y yo aprendía despacio, y con efecto, lo cortaba en pena de la rudeza; que no me parecía razón que estuviese vestida de cabellos cabeza que estaba tan desnuda de noticias que era más apetecible adorno".

Sor Juana es un fenómeno que apareció en el siglo XVII y que sigue siéndolo en el siglo XX; cubre tres siglos y es aún el mayor poeta mexicano según Octavio Paz. Después de Sor Juana, nuestro continente se cubre de mujeres que lloran su desamor y se comparan al sauce que ve huir el agua del río, todas hablan de su ser mujer y de que la única plenitud puede lograrse a través de la pareja, el hombre, el rey de la creación, y la propia Gabriela Mistral grita: "un hijo, yo quise tener un hijo tuyo y mío", y antes, en 1910, la uruguayana Delmira Agustini había escrito que ella se consideraba un perro a sus plantas. Si

Josefina Murillo, la Alondra del Papaloapan, quien murió de asma a los treinta y ocho años escribió:

*Amor, dijo la rosa es un perfume,
amor es un suspiro dijo el céfiro,
amor, dijo la luz es una llama,
oh, cuanto habéis mentido,
amor es una lágrima.*

Las escritoras de hoy han abandonado la literatura de confesión y Rosario Castellanos produce dos novelas *Balun Canan* y *Oficio de Tinieblas* que la integran a la llamada literatura indigenista junto a José María Arguedas y a Miguel Ángel Asturias. Nellie Campobello de niña mira en Villa Ocampo, Durango, caer a los fusilados frente a sus ojos y hasta llega a sentir que uno de los muertos que permanece todo un día tirado frente a su ventana es "su" muerto y lo extraña cuando vienen a llevarse el cadáver. Elena Garro, en su magnífica *Los Recuerdos del Porvenir* convierte a una piedra al sol en la memoria del pueblo de Ixtepec. Luisa Josefina Hernández nos da *Nostalgia de Troya* entre otras muchas novelas, Josefina Vicens *El Libro Vacío*, Esther Selingson, Angelina Muñoz, Guadalupe Dueñas, Julieta Campos, Inés Arredondo, cuyo mundo interior es obsesivo y único hasta llegar a las más jóvenes Silvia Molina, Ethel Krauze, Laura Esquivel, Bárbara Jacobs, María Luisa Erreguerena que produjo un delicioso: *El Día en que Dios se Metió a mi Cama*, y finalmente Angeles Mas-

tretta que ha conocido con su *Arráncame la Vida* el éxito y la traducción a muchos idiomas.

Bien puede decirse que en América Latina se ha ido de la literatura de confesión, del *Querido diario, hoy por fin me declaró su amor*, de las descripciones intimistas, los estados de ánimo, la exaltación de los sucesos cotidianos, el romanticismo y la nostalgia, a la literatura de la opresión porque son las mujeres las que hablan de las minorías en América Latina, como lo hace Marta Traba en su novela *Conversación al Sur*, Luisa Valenzuela en sus cuentos o María Luisa Puga, pienso ante todo en su cuento: *Las Mariposas*.

Las escritoras latinoamericanas venimos de países muy pobres, muy desamparados. Nuestra pobreza no es la del indigente, el *clochard* bajo los puentes de París, el desempleado que entra a un café y se ve mal vestido, pero puede comprar un café, sorberlo lentamente mientras uno examina su barba crecida y su pantalón manchado, no la pobreza en América Latina es la de la indiferencia; no hay nadie ante quien pararse y decir: *No he comido, hace días que no como*, porque eso no importa. El hambre se va haciendo terrosa, polvosa, se esparce extenuada sobre las cosas de la tierra. Y en cierta forma, esta hambre penetra en las páginas y las contagia. Somos nuestros propios paisajes. Escribimos como lo hacemos por ser

latinoamericanas. Gioconda Belli no puede escribir sino del amor y de Nicaragua y de la libertad y de Nicaragua.

Dentro de la cultura de la pobreza y por lo tanto dentro de la crónica de la vida de los pobres, el esfuerzo adquiere un significado esencial. El que no se esfuerza, no tiene. Pero también los desvalidos reciben y atesoran bienes inesperados. Asomarse por la ventana del cuarto de Jesusa Palancares y ver el cuadrángulo de cielo estrellado era para ella una gracia sin precio y sin explicación posible, un regalo suntuoso. Todo el cuarto adquiriría una calidad gratuita, nada era natural, el cielo estaba de más como una gracia sorpresiva. Jesusa vivía siempre a la orilla del precipicio, por lo tanto el cielo estrellado por su ventana era un hecho milagroso, algo así como lo real maravilloso de que habla Alejo Carpentier al referirse a América Latina.

Lo cierto es que la literatura latinoamericana oscila entre la sobrevivencia de sus habitantes siempre expuestos al hambre, y el milagro que significa estar vivo en un mundo tan lleno de calamidades, demonios y maravillas, los pescaditos de oro que pule el coronel Arcadio Buendía, y los cien años de soledad que nos separan del resto de los países, del resto del mundo.

En su libro: "*Las posibilidades del odio*", María Luisa Puga es un mendigo a quien le falta una pierna, lo único

que tiene para defenderse en la vida es su muleta de madera oscura con la punta cubierta por una tira de hule negra y gastada, su muleta a la cual le dedica todos los días un buen rato de caricias suaves e idénticas. ¿Cómo pudo María Luisa Puga meterse en la piel de un mendigo, cómo pudo moverse entre sombras, torpes, malolientes y quejasas? ¿Cómo supo lo que significa comer para un muerto de hambre? Simple y llanamente porque María Luisa es una escritora latinoamericana y como tal pertenece al continente del hambre. Nos describe así su hambre:

El hambre y él eran lo mismo. Nunca no había sentido hambre, y había acabado por acostumbrarse. A tal punto que ya no pensaba en comer. Cuando por la noche en su callejón mascaba lentamente su pedazo de pan, o a veces las papas cocidas y frías que le dejaba en la bolsa, se le apelotonaban en la garganta (por más que masticaba largo rato). Muchas veces se dormía con la comida en la boca. Con la fruta le iba mejor. El jugo se le escurría por todos lados y le traía recuerdos viejos, inalcanzables. Pero todo lo comía muy lentamente, con un callado pavor.

En "*Las mariposas*" María Luisa Puga cuestiona la existencia de un guerrillero que no sabe ya si está vivo, que ha llevado una vida caótica, accidental, que no ha tenido más destino ni más pasado que el autobús del que acaba de bajar, que sólo se sabe vivo porque de

pronto le sube de adentro un llanto enorme, vasto, que nace desde antes de él y lo abraza como si estuviera esperándolo. Marta Traba en sus novelas "Conversacion al sur", se alia a las Madres de la Plaza de Mayo llamadas "Las locas" y en "En cualquier lugar" analiza e intenta poner en su lugar la tragedia que han vivido en América Latina durante los últimos diez años, los que lucharon en su país contra la dictadura. Gabriel García Márquez lo dijo en su discurso "La soledad de América Latina" al recibir el Premio Nobel en Suecia, en 1982:

"Numerosas mujeres arrestadas encintas dieron a luz en cárceles argentinas, pero aún se ignora el paradero y la identidad de sus hijos que fueron dados en adopción clandestina o internados en orfanatos por las autoridades militares... De Chile, país de tradiciones hospitalarias, han huido un millón de personas. El 10% de su población. El Uruguay, una nación minúscula de dos y medio millones de habitantes, que se consideraba como el país más civilizado del continente, ha perdido en el destierro a uno de cada cinco ciudadanos". Concluía Gabriel García Márquez: "El país que se pudiera hacer con todos los exiliados y emigrados forzosos de América Latina tendría una población más numerosa que la de Noruega".

Pobrecita de América Latina que no está viviendo precisamente su siglo de

las luces. La realidad que describen muchas escritoras es la de los oprimidos, la de aquellos contra quienes se ejerce la violencia, ya sea política, ya sea la violencia del hambre en el que viven las grandes mayorías de nuestros pueblos. La conciencia social la adquieren muy pronto escritoras de la talla de una Rosario Castellanos que al igual que Gabriela Mistral fue maestra, y al igual que ella se preocupó por la situación de los oprimidos. De México, la escritora más completa, la más destacada después de Sor Juana Inés de la Cruz, es desde luego Rosario Castellanos.

*Aquí tienes mi mano, la que se
levantó
de la tierra, colmada como espiga en
agosto.*

*Aquí están mis sentidos
de red afortunada,
mi corazón, lugar de las hogueras,
y mi cuerpo que siempre me
acompaña.*

*He venido, feliz como los ríos,
cantando bajo un cielo de sauces y
de álamos
hasta este mar de amor hermoso y
grande.*

Yo, ya no espero, vivo.

A Rosario Castellanos, poeta, novelista, ensayista, periodista, también el mundo la defraudó. Trescientos años después, las circunstancias de Rosario Castellanos no serán muy distintas a las que hicieron que Sor

Juana escogiera el convento de las jerónimas; Sor Juana Inés de la Cruz, quien devorada por las letras en el encierro de su celda no se permitía siquiera pensar si era hombre o mujer y menos aún que alguien lo verificara. Nacida en Comitán, Chiapas, en 1925, muy pronto habrá de indignarse en contra de la explotación de los chamulas que caminan silenciosos y furtivos. Blanca, casi transparente, con unos grandes ojos negros, Rosario Castellanos será siempre una flor de invernadero, sus manos y sus pies pequeñísimos, frágiles hacían exclamar a Miguel Angel Asturias: *¡Pero qué manitas de maya!*

Cronista de un mundo de explotados, Rosario es a su vez explotada en una sociedad que aún no protege ni respeta a las mujeres; en una sociedad en la que la mujer es sólo una "esclava del señor" una "hágase en mí según tu voluntad".

Rosario Castellanos no vive la vida, la padece. Mientras el hombre se lanza, ella conoce la rutina, los oficios pequeños, la renuncia.

Si para el hombre, el amor no suele ser sino el momento en que se enamora, para la mujer el amor es la inmanencia, la entrega absoluta, la selección de un modo de vida durable hasta la muerte: concebir a los hijos y criarlos. Para el hombre, el matrimonio no es un fin en sí; la mujer perma-

nece en los patios interiores, apaga las antorchas, termina la tarea del día. Cuando es joven, hace la reverencia, baila los bailes y se sienta a esperar el arribo del príncipe. Cuando es vieja, aguarda a que le den la orden de que se retire.

*Inclinada a tu orilla siento como te
alejas
Trémula como un sauce contemplo
tu corriente
formada de cristales transparentes y
fríos.*

*Huyen contigo todas las nítidas
imágenes,
el hondo y alto cielo,
los astros imantados, la vehemencia,
ingrúvida del canto.*

*Con un afán inútil mis ramas se
despliegan
se tienden como brazos en el aire
y quieren prolongarse en bandadas
de pájaros*

*para seguirte a donde va tu cauce.
Eres lo que se mueve, el ansia que*

*camina
la luz desenvolviéndose, la voz que
se desata.*

*Yo, soy solo la asfixie quieta de las
raíces*

*hundidas en la tierra tenebrosa y
compacta.*

En la infancia de Rosario está la clave de su vocación de escritora. Rosario tuvo un hermano menor, Benjamín y todos los mimos y las caricias de sus padres fueron para él, por ser el hijo varón.

Rosario deseó su muerte y cuando murió, la niña se sintió culpable. Benjamín Castellanos —a quien ella llama Mario en su novela *Balun Canan*—, aunque ausente, siguió siendo el preferido, sus padres se encerraron sobre sí mismos con su dolor y la dejaron a solas con su nana chamula. Rosario oyó a su padre decir, cuando murió Benjamín: *“Ahora ya no tenemos por quién luchar”*.

*Tal vez cuando nació alguien puso en
mi cuna
una rama de mirto y se secó.
Tal vez eso fue todo lo que tuve
en la vida, de amor.*

De la mano de su nana Rufina, la niña se puso a descifrar las cosas de la tierra y a apuntarlas para que se le quedaran grabadas. En la escuela fue siempre estudiosa y sus compañeras la buscaban para que les explicara lo que no entendían. Dolores Castro, su amiga de infancia, cuenta que era un niña tan delgada y tan frágil que la directora la eximió de la gimnasia y del deporte, y cuando en 1939, la familia Castellanos, ya sin tierras, —expropiadas por la Reforma Agraria— se trasladó a México, también en la secundaria, le prohibieron correr, jugar a la pelota, de suerte que durante el recreo, Rosario se quedaba leyendo. Tampoco iba a fiestas, se excusaba diciendo que iría con mucho gusto, en cuanto engordara. En Tuxtla, en la revista *“El Estudiante”* se publicaron sus primeros

poemas. Pero el hermano muerto Benjamín, la hizo regresar siempre a esos primeros años en Comitán. Sus dos novelas se sitúan en Comitán, sus cuentos también, y el tema de la soltería y de la vergüenza que significa no pescar a un hombre es recurrente a lo largo de toda su obra, como lo es el de una sociedad muy estratificada en que los indios están al servicio de los blancos.

Aunque Rosario más tarde habría de casarse, de tener un hijo, ella misma le contó a otra escritora, Beatriz Espejo, que sus enamoramientos y sus desengaños se desarrollaron en un plano estrictamente imaginario.

Desde niña se refugió en la soledad y supo que escribir disminuía esa sensación. Dijo textualmente:

“Mi experiencia más remota radicó en la soledad individual; muy pronto descubrí que en la misma condición se encontraban todas las otras mujeres a las que conocía; solas solteras: solas casadas; solas madres. Solas, en un pueblo que no mantenía contacto con los demás. Solas soportando unas costumbres muy rígidas que condenaban el amor y la entrega como un pecado sin redención. Solas en el ocio porque ése era el único lujo que su dinero sabía comprar. Retratar esas vidas, delinear esas figuras forma un proceso que conserva una trayectoria autobiográfica. Me evadí de la soledad por el trabajo, esto me hizo sentirme solidaria

de los demás en algo abstracto que no me hería ni trastornaba como más tarde iban a herirme el amor y la convivencia”.

Da vergüenza estar sola. El día
entero
arde un rumor terrible en su mejilla
pero la otra mejilla está eclipsada.
La soltera se afana en quehacer de
ceniza,
en labores sin mérito y sin fruto;
y a la hora en que los deudos se
congregan
alrededor del fuego, del relato,
se escucha el alarido
de una mujer que grita en un
páramo inmenso
en el que cada peña, cada tronco
carcomido de incendios, cada rama
es un testigo o un juez sin
misericordia.

De noche la soltera
se tiende sobre el lecho de agonía.
Brotan un sudor de angustia a
humedecer las sábanas
y el vacío se puebla
de diálogos y de hombres inventados.

Y la soltera aguarda, aguarda,
aguarda.
Y no puede nacer en su hijo, en sus
entrañas,
y no puede morir
en su cuerpo remoto, inexplorado,
planeta que el astrónomo calcula,
que existe aunque no lo ha visto.

Asomada a un cristal opaco, la
soltera
astro extinguido, pinta con un lápiz
en sus labios la sangre que no tiene
Y sonríe ante un amanecer sin nadie.

Si por un lado, Rosario Castellanos es una figura trágica como lo son casi todas las escritoras de América Latina, es sin duda la escritora latinoamericana con mayor sentido del humor el cual desplegó con gran fortuna en sus artículos periodísticos, sobre todo en aquellos enviados desde Israel donde México la nombró su embajadora. Lejos de crear una imagen solemne de sí misma, Rosario hizo énfasis siempre en sus errores, y cuando es embajadora en Israel relata con júbilo todas las situaciones desafortunadas en las que se mete. Contó, por ejemplo, del chofer de la embajada que había contratado porque además de su práctica automovilística hablaba español, pero según Rosario, la metió en todos los líos imaginables. “El primero, escribe Rosario, fue el paulatino descubrimiento de que en su vocabulario, he ido transitando de un ‘señora embajadora’ más o menos correcto a un más bien inseguro ‘ambassadrice’ que pronto degeneró (o ascendió) o ‘emperatriz’, desde donde no había más que un paso (y lo dimos con la ayuda eficaz de mi hijo Gabriel) a ‘señora avestruz’. Es allí donde ahora me encuentro estacionada y no acierto a imaginar cuál será mi próximo avatar”.

Al igual que Sor Juana, Rosario habló

acerca de su aspecto físico, y al igual que Sor Juana se hizo a un lado a sí misma, Sor Juana en realidad murió joven, a los cuarenta y cuatro años, Rosario a los cuarenta y nueve, Sor Juana murió bella, su retrato lo dice, murió joven, antes de exponerse al ultraje de ser vieja y cuando elogiaron el único retrato que conocemos de ella que la muestra en su celda, con su hábito de jerónima y su pluma en la mano, escribió:

Este que ves, engaño colorido
que del arte ostentando los primores
con falsos silogismos de colores
es cauteloso engaño del sentido;
éste, en quien la lisonja ha
pretendido
excusar de los años los horrores
y venciendo del tiempo los rigores
triunfar de la vejez y del olvido,
es un vano artificio del cuidado,
es una flor al viento delicada,
es un resguardo inútil para el hado;
es una negra diligencia errada,
es un afán caduco y, bien mirado,
es cadáver, es polvo, es sombra, es
nada.

Rosario se veía a sí misma con ese mismo desencanto, y de joven hizo siempre todo lo posible por parecer una monja. Una noche —relata Alaíde Foppa— se fue la luz en la Facultad de Filosofía y Letras y Rosario sintió que un muchacho la tomaba del brazo para

ayudarla a bajar la escalera. Su reacción inmediata fue: “cuando vuelva la luz y vea que soy yo me va a soltar”. Su inseguridad y su poca fe en su aspecto físico se trasluce en su poema “Autorretrato”:

Yo soy una señora: tratamiento
arduo de conseguir, en mi caso,
y más útil para alternar con los
demás
que un título extendido en mi nombre
en cualquier academia.
Así pues, luzco mi trofeo y repito:
Yo soy una señora. Gorda o flaca
según las posiciones de los astros,
los ciclos glandulares
y otros fenómenos que no comprendo.
Rubia, si elijo una peluca rubia.
O morena, según la alternativa.
(En realidad, mi pelo encanece,
encanece).
Soy más o menos fea. Eso depende
mucho
de la mano que aplica el maquillaje.
... Soy mediocre
Lo cual, por una parte, me exime de
enemigos
y por la otra, me da la devoción
de algún admirador y la amistad
de esos hombres que hablan por
teléfono
y envían largas cartas de felicitación.
Que beben lentamente whisky sobre
las rocas
y charlan de política y de literatura.
Amigas... hmm... a veces, raras veces
y en muy pequeñas dosis.
En general, rehuyo los espejos.

Me dirían lo de siempre: que me
visto muy mal
y que hago el ridículo
cuando pretendo coquetear con
alguien.

Soy madre de Gabriel, ya usted sabe,
ese niño
que un día se erigirá en juez
inapelable
y que acaso, además, ejerza de
verdugo.

Mientras tanto lo amo.
Escribo. Este poema. Y otros. Y otros.
Hablo desde una cátedra.

Colaboro en revistas de mi
especialidad
y un día a la semana publico en un
periódico.

Vivo en frente del Bosque. Pero casi
nunca vuelvo los ojos para mirarlo.
Y nunca
atravieso la calle que me separa de él
y paseo y respiro y acaricio
la corteza rugosa de los árboles.

Sé que es obligatorio escuchar
música
pero la eludo con frecuencia. Sé
que es bueno ver pintura
pero no voy jamás a las exposiciones
ni al estreno teatral ni al cine-club.

Prefiero estar aquí, como ahora,
leyendo
y, si apago la luz, pensando un rato
en musarañas y otros menesteres.

Sufro más bien por hábito, por

herencia, por no
diferenciarme más de mis congéneres
que por causas concretas.

Sería feliz si yo supiera cómo.
Es decir, si me hubieran enseñado
los gestos,
los parlamentos, las declaraciones.

En cambio me enseñaron a llorar.
Pero el llanto
es en mí un mecanismo descompuesto
y no lloro en la cámara mortuoria
ni en la ocasión sublime ni frente a
la catástrofe.

Lloro cuando se quema el arroz o
cuando pierdo
el último recibo del impuesto
predial".

También el corazón de Sor Juana
fue violento, escapó al control de su
inteligencia y sus poemas no sólo son
"humanos" como habría de reprochár-
selo Sor Filotea, sino amorosos:

En dos partes dividida
tengo el alma en confusión:
una esclava de la pasión,
y otra, a la razón medida.

Siempre fue celosa, defendió y com-
prendió a los celosos, a los despecha-
dos; supo desde el principio que los
celos perfeccionan el amor:

¿Hay celos? Luego hay amor
¿Hay amor? Luego hay celos.
Para tener celos basta

*sólo el temor de tenerlos
que ya está sintiendo el daño
quien está sintiendo el riesgo.*

Así Juana de Asbaje consoló en la corte a un celoso:

*Amor empieza, por desasosiego,
solicitud, ardores y desvelos;
crece con riesgos, lances y recelos
sustentase de llantos y de ruegos.*

Cuando uno ama, no lo aman a uno, desde el siglo XVII hasta nuestros días.

Después de los años de vida en la corte, Sor Juana escoge la clausura; el convento, primero las carmelitas descalzas cuya orden le resulta demasiado rigurosa y finalmente el convento de San Jerónimo en el que muere.

En el convento sus hermanas la interrumpen, entran a su celda, le impiden trabajar, tocan y cantan en la celda vecina. Dos criadas se pelean y escogen a Sor Juana como árbitro. Una amiga la visita haciéndole muy mala obra, con muy buena voluntad. Las horas que destina a su estudio después del trabajo de la comunidad son las mismas que sus hermanas escogen para venir a estorbar. Sor Juana vive el drama de una mujer que tiene que disculparse por amar el estudio.

*Una prelada muy santa y muy cándida
que creyó que el estudio era cosa*

de Inquisición me mandó que no estudiase. Yo la obedecí unos tres meses que duró el poder ella mandar, en cuanto a no tomar el libro, que en cuanto a no estudiar absolutamente, como no cae debajo de mi potestad, no lo pude hacer, porque aunque no estudiaba en los libros, estudiaba en todas las cosas que Dios crió, sirviéndome ellas de letras, y de libro toda esta máquina universal.

Sor Juana también ayuda en la cocina, porque Dios esta en los pucheros, como dijo Santa Teresa, y se pone a filosofar al aderezar la cena y descubre mientras guisa secretos naturales; cómo un huevo se fríe en la manteca o en el aceite y por lo contrario se despedaza en el almíbar y viendo todo esto afirma que si Aristóteles hubiera guisado, mucho más hubiera escrito.

Después de tres meses, se levantó el castigo y Sor Juana pudo volver a su biblioteca de cuatro mil volúmenes. Pero el gusto no le duró mucho, Sor Juana se sintió enferma y su médico le vedó toda lectura. Después, al ver su quebranto le permitió volver a sus amados libros; sin embargo, Sor Juana ya muy adolorida y mortificada, porque era mucha la malevolencia, la envidia, la persecución en su contra, cedió a la presión del convento y dos años antes de su muerte, donó al obispo su nutrida biblioteca y sus instrumentos de matemáticas y de música para que los vendiera en beneficio

de los pobres y, así, por la mezquindad de los religiosos, se perdió la obra de una vida que nos hubiera servido de documento sobre el movimiento intelectual del siglo XVII.

Ya sin su biblioteca, Sor Juana pretendió desviarse hacia el misticismo, pero era demasiado cerebral, demasiado intelectual, razonaba demasiado para creer a pie juntillas y su espíritu y su sabiduría predominaron siempre sobre la fe ingenua. Sor Juana castigó su pasión por las letras con silicios, con tal dureza que su confesor dijo:

Es menester mortificarla para que no se mortifique mucho, yéndole a la mano en sus penitencias para que no pierda salud y no se inhabilite porque Sor Juana no corre en la virtud, sino vuela.

Sor Juana, en realidad volaba hacia la muerte y cuando hubo una epidemia de tifo en el convento se dedicó a cuidar a sus hermanas, estas mismas hermanas que tanto la habían molestado, quienes finalmente la contagiaron haciéndola morir el 17 de abril de 1695. Sor Juana vivió cuarenta y cuatro años, cinco meses, cinco días y cinco horas.

Rosario Castellanos murió en la forma más absurda, al tratar de conectar una lámpara en su casa de Tel-Aviv. La descarga eléctrica la mató y falleció solita a bordo de la ambulancia que la

llevaba al hospital. Nadie la vio, nadie la acompañó. Al irse se llevó su memoria, su risa, todo lo que ella era, su modo de ser río, de ser adiós y nunca. En Israel le rindieron grandes honores. En México la enterramos bajo la lluvia, la convertimos en parque público, en escuela, en lectura para todos, la devolvimos a la tierra. En el fondo, Rosario siempre supo que iba a morir; entretejió el hilo de la muerte en casi todos los actos de su vida, los cotidianos y los literarios. Había en ella algo inasible, un andar presuroso, un tránsito que iba de la risa al llanto, del corredor a la mesa de escribir, un ir y venir de sus clases en la Facultad de Filosofía y Letras al Instituto Kairós, una premura, un ansia que punzaba sin mañana y sin noche. Muchas veces avisó que se iba a morir:

*Yo no voy a morir de enfermedad
ni de vejez, de angustia o de
cansancio.*

*Voy a morir de amor, voy a
entregarme
al más hondo regazo.*

*Yo no tendré vergüenza de estas
manos vacías
ni de esta celda hermética que se
llama Rosario.*

*En los labios del viento he de
llamarme
árbol de muchos pájaros.*

La literatura latinoamericana es vasta y nueva, tan vasta y nueva como el gran continente que aún no acaba de

descubrirse. Todavía hoy, seguimos adorando al sol y aunque nos juegue malas pasadas es un Dios fuerte al que le rendimos tributo. Muchas veces debieron los antiguos mexicanos llenarse de pavor al ver que sus dioses del fuego, del tiempo, del aire, de la fertilidad, de la lluvia, del agua, de la guerra, eran reemplazados por un solo Dios, que no sólo no ejercía sus poderes sino que moría en la cruz como una pobre cosa. A las escritoras —toda proporción guardada— nadie les ha cambiado su calendario y en el centro de su sistema solar sigue imperando el hombre y las reglas de vida siguen siendo las que dicta la sociedad patriarcal.

La literatura de las mujeres latinoamericanas aún no se descubre a sí misma; una variedad infinita de géneros nos esperan en el futuro. Tan vasto como es el continente, tan vastas son nuestras posibilidades. A la tierra venimos a conocer nuestros rostros nos dice la filosofía náhuatl. Tal parece que conocer nuestro rostro ha sido el paulatino descubrimiento de la literatura de las mujeres. Elaborar testimonios y documentos, documentar a su país es una tarea que algunas mujeres han escogido voluntariamente pensando que son categorías artísticas como la ficción.

Aún nos falta a las mujeres convertir a la propia literatura en un vehículo subversivo. Cuando las mujeres en el arte son subversivas lo son por índole

propia, por naturaleza, como en el caso de Frida Kahlo; pero libres o rebeldes, la comunidad humana no les ayuda a realizarse. Guadalupe Amor también es una víctima, de sí misma y de los demás y lo dice muy bien en uno de sus sonetos:

*Ventana de un cuarto abierta...
Cuánto aire por ella entraba
y yo que en el cuarto estaba
a pesar que aire tenía
de asfixia casi moría:
que este aire no me bastaba,
porque en mi mente llevaba
la congoja y la aflicción
de saber que me faltaba
la ventana en mi razón.*

A Pita Amor siempre le costó adaptarse al mundo, siempre fue la voz que se aísla en la unidad del coro, en el seno familiar, entre sus hermanas, en el internado en Monterrey que no aguantó y en donde no la aguantaron. Nunca pudo salirse de sí misma para amar realmente a otro: la única entrega que supo consumir fue la entrega a sí misma. Demasiado enamorada de su persona, los demás la interesaron sólo en la medida en que la reflejaban; no fueron sino una gratificación narcisista.

A tres siglos de distancia, Rosario Castellanos pudo escribir lo mismo que Sor Juana: pide perdón a la sociedad hostil y masculina para ingresar al mundo de la cultura y son tantos los obstáculos que le

ponen que cae exhausta antes de llegar a la meta. Antes de cumplir los cincuenta años, Sor Juana renuncia al estudio y regala su biblioteca, Rosario es víctima de la soledad, Guadalupe Amor se desquicia, Guadalupe Dueñas y Amparo Dávila no producen sino un único libro de cuentos, Inés Arredondo extraordinaria narradora se enferma, los libros de Elena Garro ya no son los de antes.

Y no son las únicas. A lo largo de la literatura femenina, las mujeres son solteras o suicidas. Basta nombrar a las argentinas Marta Lynch y Alejandra Pizarnik, a Alfonsina Storni, la uruguaya que entra caminando al mar y cuyo cuerpo devolvió el mar a la playa, a Antonieta Rivas Mercado quien se pega un balazo en la sien frente al altar mayor de *Notre Dame*, con la pistola de su amante José Vasconcelos, a Violeta Parra la que le cantó "*Gracias a la vida*", a Julia de Burgos la feminista puertorriqueña autora de un poema premonitorio acerca de aquellos que mueren con un número amarrado al tobillo y cuyos cuerpos jamás son reclamados. Muere Julia de Burgos en la calle de Nueva York, yace desnuda sobre una plancha de mármol, cuerpo desconocido, en el anfiteatro, como desnuda murió en su tina la poeta costarricense Eunice Odio que fue encontrada tres días después. El suicidio femenino no se limita a las escritoras latinoamericanas. Más al norte, Sylvia

Plath, la poeta norteamericana muere al meter su cabeza al horno al igual que Virginia Woolf metió piedras en las bolsas de su suéter para desaparecer más pronto entre las aguas. La brasileña Clarice Lispector se quemó la mitad de la cara fumando en la cama. Fue un accidente pero era también una forma de mostrar la angustia en la cual había vivido. Nérida Piñón, testigo de esa angustia, la acompañó muchas veces en sus caminatas a cualquier hora del día o de la noche.

Marta Traba alguna vez declaró: "*Quisiera ser un hombre, pero un negro y un obrero. Eso equivaldría a ser una mujer*".

Las escritoras del mundo son también contestatarias si no del régimen, al menos de su régimen interior, viven en función de su escritura y sin embargo nunca dejan de sentirse culpables —la culpabilidad es la mejor arma de tortura— culpables de no reunir ese atadizo de cualidades llamadas femeninas, la dependencia del hombre, la dulzura, la inocencia, el azoro ante la maldad humana, las artes culinarias.

Las mujeres escritoras dieron su vida en una proporción mucho mayor que la de los escritores. Y no es que fueran desequilibradas, vivían en una sociedad desequilibrada, hostigadora, hostil a la mujer. Temían incluso declarar que éste era su oficio como si

éste aniquilara su capacidad de ser mujer y las convirtiera automáticamente en alguna clase de esperpento. Natalia Guinzburg, la escritora italiana alguna vez se atrevió: *“No estoy analizando si soy buena o mala escritora, lo único que afirmo es que ése es mi oficio”*.

Cuando las mujeres se den cuenta que una mujer es un ser extraordinario lleno de gracia y de armonía, como un árbol, una ola de mar, entonces escribirán. Cuando sepan que una mujer lleva a todo el universo en su seno, el sol, el cielo, los campos y la ciudades, cuando acepten que tienen dentro de sí algo maravilloso y estén dispuestas a decirlo, a gritarlo, entonces abrirán las

compuertas, nos darán su intimidad con la tierra, consigo mismas, sin tapujos, sin hipocresía; no temerán perder al hombre puesto que se habrá ganado a sí mismas y si la sociedad las rechaza es que ellas la habrán rechazado primero; entonces fluirá el agua que aún no fluye, no sólo el líquido amniótico que hace vivir al feto sino toda esa agua que proviene de fuentes desconocidas, insospechadas; la catarata se nos vendrá encima con toda su violencia, todo lo que las mujeres han guardado dentro de sí durante siglos de represión y también, por qué no decirlo, de indolencia.

Muchas gracias.